

CALIFORNIA, RASTRO HISPÁNICO



Por CARLOS MANZANARES

CALIFORNIA es como la tierra de promisión, por su bello paisaje y por su inagotable riqueza.

A causa de su gran variedad me ha hecho pensar con mucha frecuencia en España, recordándome a veces los prados del Norte y a veces las campiñas del Sur. Pero la costa guarda una semejanza mayor con Baleares que con ninguna otra región española. Como en Mallorca, rivalizan en California la luminosidad del cielo con la intensidad de color de las aguas del mar. Y ved cómo, acaso más por designio misterioso de la Providencia que por mera casualidad, un fraile santo balear fué allí a misionar.

Por todo esto, si ningún ser humano puede quedar impasible ante las bellezas naturales de California, el español experimenta ante ellas una especial reverencia y devoción.

Aparte de su extensión territorial, casi la de España, California constituye, por su poderío económico y por su densidad demográfica, el segundo Estado de la Unión. Sus fuentes de riqueza son el petróleo, la fruta, el «cine» y la aviación, siendo el aeropuerto de Los Angeles, con el de Miami, los dos de más movimiento en Norteamérica.

La ciudad más populosa de California y una de las más grandes del mundo, es Los Angeles, que figura—en Estados Unidos—inmediatamente detrás de Nueva York y Chicago. Como agrupación urbana constituye algo muy raro, hasta el punto de que llamarla ciudad es un tanto aventurado. No se parece a nada y, sin embargo, tampoco cabe decir que tenga una fuerte personalidad como San Francisco. Hay quien dijo que parecía «una Cleveland entre naranjos», pero no está bien visto el símil. Aldous Huxley la ha llamado «la ciudad del goce terrible, en la que la conversación se desconoce». La característica primordial de Los Angeles es lo inconmensurable. Más que ciudad es confederación de pueblos o barrios, uno de los cuales es Hollywood. Cuenta con cinco Ayuntamientos independientes y con más de 930 grupos vecinales de población. Dentro de sus

límites urbanos habitan hoy más de dos millones de almas, y más de cuatro millones en su área metropolitana. Desde el comienzo de la segunda guerra mundial ha crecido su población en un millón. Lanza al mercado más automóviles que ninguna otra ciudad, después de Detroit. (Hay en Los Angeles un coche por cada 2,6 almas). Su puerto, construido artificialmente, comercia ya con un tonelaje mayor que San Francisco.

Y piénsese que toda esa masa, como decíamos, «inconmensurable», nació de un pequeñísimo establecimiento misional español, con 44 vecinos. En 1781 se fundó por nuestros frailes franciscanos el pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Angeles de Porciúncula. Todavía se conserva intacta la «Misión» y respetada ciertamente como reliquia por la gente que pudiéramos llamar más moderna de la tierra.

La belleza natural de California es inagotable. Contribuye grandemente a ello sin duda la variedad de su clima, pues—lejos de lo que se cree en Europa—no en toda California brilla un sol esplendente. Este es el caso en el Sur, pero en San Francisco y en Monterrey la llovizna, las nubes y la niebla velan la luz del día, dando al ambiente un tono de melancolía. En cambio, Santa Bárbara, Los Angeles y San Diego pueden competir en luminosidad con las ciudades de la vieja Andalucía. Santa Bárbara muy especialmente, situada en la costa a unos 140 kms. al Norte de Los Angeles y con un trasfondo natural, tierra adentro, de olivares y viñedos, es un auténtico pueblo andaluz: limpio, próspero y rico. Hasta sus calles tienen el encanto moruno de las andaluzas y su arquitectura no puede ser más parecida a la del litoral malagueño. Los geranios y las rosas rompen la blancura inmaculada de sus muros encañados. Y esta misma profusión de colorido se repite, con un gusto depurado, en Beverly Hills, lugar residencial de los magnates del «cine», próximo al núcleo urbano de Los Angeles.

Cuando se va desde San Francisco a Los Angeles

es como si se siguiera un camino de peregrinación, sobre todo si se hace escala en los lugares de las antiguas misiones españolas. Los nombres de santos se suceden sin interrupción, señalando valles y cordilleras, pueblos y ciudades... En otros puntos, los nombres de santos alternan con hermosas expresiones que, como las de Arcadia y Monrovia, acentúan la poesía del lugar.

De las antiguas misiones españolas que aún hoy se visitan, en la ruta señalada, la de San Carlos, junto a Monterrey y a la preciosa playita de Pebble Beach, a unos 150 kms. al sur de San Francisco, es la que conserva más sabor. Allí precisamente está enterrado nuestro Fray Junípero Serra, el verdadero apóstol de California. Yo sentí una sensación inefable al visitar aquella iglesia medio derruida, que se está restaurando con indudable acierto y conservando en lo posible el estilo colonial español.

Estaba al cuidado de la Misión un capellán retirado de la Armada, de origen irlandés y que, al saber que venía yo de España, se prestó gustosísimo a guiarme y a mostrarme cuantos rincones creía que podían presentar algún interés. Para mí todo tenía por el hecho de ser español y él así debió comprenderlo, con un afecto sencillo que se reflejaba en el relampagueo de sus ojos claros, mezclaba alguna que otra palabra castellana en sus explicaciones y se lamentaba de no hablar nuestro idioma. Desde que nos conocimos se estableció una corriente de mutua simpatía. Yo pensaba en la labor abnegada, callada y sublime de unos pobres misioneros españoles que ganaron aquellas tierras por un efímero período de tiempo para España y por toda una eternidad para la cultura. Esto mismo debía reconocer él, por la manera de mirar con mística unción aquellas piedras.

No sé quién le transmitió la emoción a quién; sólo sé que al despedirme de aquel anciano de cabellos blancos, conservador apasionado de una reliquia española, me incliné para besarle la mano y él, sin yo darme cuenta exacta de lo que hacía, me cogió la mía para besarla a su vez con el mismo respeto.